

Martín MARTÍNEZ, *Filosofía escéptica*, edición, introducción y notas de Jorge García López, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2022, 508 págs.

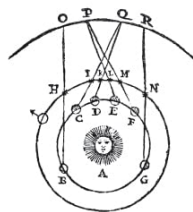
Pese al importante papel que el médico, profesor de anatomía y filósofo madrileño Martín Martínez (1684-1734) desempeña en la renovación científica de la temprana Ilustración, al prestigio que alcanza en su tiempo (empezando por el amistoso y devoto reconocimiento de Feijoo, al que se refiere como «su más aficionado amigo») y a la atención que le han prestado diversos historiadores de la ciencia y el pensamiento (O. Quiroz-Martínez, Sánchez Granjel, López Piñero, Aguinaga, Cruz del Pozo, Martínez Vidal, Pardo Tomás, Gallech Amillano, etc.), hasta fechas recientes solo se podían leer sus obras en ediciones de la época.¹

Y digo esto porque, afortunadamente, gracias al empeño y buen hacer de Jorge García López, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Gerona, podemos disponer en meritorias ediciones críticas de dos de sus obras más notables, el satírico *Juicio final de la astrología en defensa del «Teatro crítico universal»* (1729), hecho en colaboración con Danuše Francová y publicado en 2019,² y esta que reseñamos, aparecida tres años después y deudora de aquella en ciertos aspectos: la que fue su última contribución científica y salió impresa en 1730, pocos años antes de su temprana muerte, con el expresivo título de *Philosophia Scéptica: extracto de la physica antiqua y moderna, recopilada en diálogos entre un Aristotélico, Cartesiano, Gasendista y Scéptico para instrucción de la curiosidad española* (Madrid,

MARTÍN MARTÍNEZ FILOSOFÍA ESCÉPTICA

Edición, introducción y notas

Jorge García López



Ediciones Universidad
Salamanca

¹ Con la excepción de Francisco SÁNCHEZ-BLANCO, que incluye el diálogo X de la *Filosofía escéptica*, «Si los animales tienen alma», en su edición antológica de *El ensayo español, 2. El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1997, págs. 83-100 (utilizada por el editor).

² Jorge GARCÍA LÓPEZ y Danuše FRANKOVÁ, *Martín Martínez y la Ilustración española. Edición y estudio del «Juicio final de la astrología»*, Girona, Universitat de Girona, Documenta Universitaria, 2019.

[s. i]), y calurosamente dedicada a la Regia Sociedad sevillana, de la que fue miembro y presidente.

Una obra inicialmente pensada como unos «apuntamientos filosóficos», según dice Martínez, para dar a sus hijos unas nociones de historia de la filosofía y explicarles las principales ideas del pensamiento científico de la última época, pero que con el tiempo fue cobrando bulto hasta configurarse como un pormenorizado repaso de las respuestas que las tres grandes escuelas —la aristotélica, la cartesiana y la gasendista— han dado a las principales cuestiones planteadas por la física y la astronomía vistas y confrontadas desde su perspectiva crítica. O dicho en sus propias palabras, «el ánimo de este libro es dar a los curiosos romancistas una idea de las más famosas filosofías que hoy corren por Europa» (pág. 122). Y ello, como expresa el título, mediante el conocido formato del diálogo entre varios personajes, un recurso muy frecuentado por los autores de la Revolución científica, que ya había utilizado en su primera obra, *Anatomía compendiosa y noches anatómicas* (1717), y en su fundamental *Medicina Scéptica* (1722), y que ahora se formaliza en las amistosas y eruditas conversaciones que mantienen en sucesivas noches de invierno los llamados —así, con mayúsculas, como símbolos abstractos de doctrinas científicas— Aristotélico, Cartesiano, Gasendista y Escéptico, anfitrión y fedatario este de los diálogos, y evidente trasunto de la actitud intelectual del propio Martínez: la del *escepticismo* basado en la experiencia científica y la observación, la actitud de inspiración baconiana y boyleana que venía signando su producción médica y que ahora proyecta al espacio más general de la física y la astronomía.

Pueden así exponer, defender y contrastar sus ideas sobre los diversos asuntos que «metódicamente», como quiere el autor, van a ir comparciendo a lo largo de los once diálogos que componen la obra, siempre en tono cordial y distendido, sin sectarismos ni dogmatismos de escuela, dejando al lector que extraiga las consecuencias; muy evidentes en la percepción de la inutilidad del aristotelismo o el rechazo a las explicaciones metafísicas y a las doctrinas anacrónicas de las *escuelas*, y no tanto respecto a ciertos puntos del cartesianismo o el gasendismo que el autor propone como posibles y aun se inclina a apoyar (sin que ello apunte a una posición de eclecticismo, que algunos le han atribuido y el editor rotundamente rechaza). Se titulan: «De la historia de la filosofía», —que sirve de prolegómeno y fundamento histórico de las ideas centrales del autor—, «De la materia primera», «la forma», «la esencia y existencia del cuerpo natural», «las causas o principios secundarios y perceptibles llamados vulgarmente elementos», «las primeras y generales afecciones del cuerpo natural», «las cualidades o afecciones particulares de los cuerpos», «el mundo y el cielo», «los cuerpos celestes y meteoros», «las estrellas fijas», «si los brutos tienen alma sensitiva

o son meras máquinas e ingenios del Criador sin percepción ni sentimiento» y, por último, un diálogo apellidado *supernumerario*, «Apología escéptica contra la apología escolástica del doctor Lesaca», que es una extensa y pormenorizada refutación de la *Apología escolástica* (1729) de su antiguo profesor y ahora enconado detractor, redactada en su parte final por un innominado discípulo debido a la incapacidad que le sobrevino en la primavera de 1730 por «una grave dolencia», según consigna el propio texto (pág. 448). Todas cuestiones circunscritas a las materias que los convocaba, pues según dirá Escéptico en un momento dado, «desde el principio propusimos apartarnos de milagros y puntos de religión, como que no sirven de argumento, ni se traen bien para ejemplo en cosa tan distante como la física, que solo contempla los cuerpos naturalmente constituidos» (págs. 263-264); lo que no obsta para que aborden, desde presupuestos físicos, la cuestión de la Transustanciación, la relación religión-ciencia, o la oposición teológica al sistema copernicano.

Resulta así una suerte de enciclopedia en la que el docto madrileño, pertrechado de una sólida erudición científica y filosófica, explica por boca de los cuatro interlocutores las ideas más significativas de las líneas de pensamiento que representan, al tiempo también que expone sus posiciones finales en las materias que tratan (deja claro que Escéptico es él mismo) y las sistematiza desde el punto de vista de la teoría atomística, lo que en los años veinte del XVIII era, como subraya el editor, «una completa originalidad» (pág. 71). Con la particularidad además de no ir dirigida al sector especializado que había privilegiado en sus tratados anteriores sino a un público amplio («romancistas», no latinos): ese que recibía con entusiasmo los discursos del *Teatro crítico* de Feijoo, que por entonces iba ya camino del cuarto tomo, como dejará constancia en las nueve referencias explícitas que hace asintiendo a diversos aspectos de su pensamiento —«como prueba nuestro Feijoo» (pág. 206), «convenció esta materia con la valentía que merece y acostumbra nuestro reverendísimo padre maestro fray Benito Feijoo» (pág. 336), «como elegantemente convence el reverendísimo padre maestro Feijoo» (pág. 398), etc.— no sin evidenciar también algunas diferencias de criterio, como la relativa a la naturaleza animal, que precisamente toca por haberla planteado Feijoo, «el águila de los ingenios de nuestro siglo» (pág. 378).

Una obra, en suma, que por su planteamiento divulgativo, el perspectivismo de su estructura coloquial y los múltiples ejemplos que introduce es esencialmente didáctica, como en general son las suyas, por más que a un lector de hoy, muy lejano de aquellos planteamientos, pueda resultarle de lectura escasamente amena. Y más habida cuenta de la longitud de muchas de las intervenciones y de la práctica ausencia de concreciones personales de los interlocutores o del

Madrid donde está la casa de Escéptico en la que tienen lugar las reuniones. Refleja, sí, la sociabilidad cultivada que será marca de la época, pero de forma un tanto borrosa.

La edición se abre con un amplio «Estudio» (72 págs.) que se desglosa en tres partes dirigidas a ofrecer 1) los trazos de su biografía y brillante carrera profesional («Martínez contra los bárbaros: el perfil de una vida»); 2) una visión del paisaje intelectual en el que se mueve («El contexto y la obra: la Ilustración temprana (1670-1730)», y 3) un pormenorizado análisis del proceso de redacción de la obra, de su contenido, género y estructura, y de su planteamiento epistemológico («La filosofía escéptica»).

En la primera parte, cobijada bajo un epígrafe sugerido por el término que empleaba Feijoo en su *Aprobación apologetica del escepticismo médico* —su vehemente defensa de Martínez, escrita en septiembre de 1725 y dada a la estampa al frente de la reedición del primer volumen de su *Medicina escéptica* (1727)— el editor da cuenta de lo esencial de su formación, peripecia profesional y personalidad intelectual tomando como base las informaciones de Campomanes y Álvarez y Baena, sus dos primeros biógrafos, más las aportadas en estudios más recientes, entre ellos, las consignadas en su anterior edición. Destaca su inconformismo y espíritu batallador contra las concepciones tradicionales y añejas de la cultura del momento, representadas principalmente por el médico y profesor de anatomía de Alcalá, Bernardo López de Araujo, su también profesor, Juan Martín de Lesaca, y Torres Villarroel, como también su sintonía con su maestro Boix y Moliner, al que reconoció como «un alma gemela» y de cuya obra tomó los temas centrales de la suya, y especialmente con Feijoo, con quien contactó —según cree, con Galech—³ a través de Gaspar Casal y al que seguramente conoció en 1726, cuando el benedictino viajó a Madrid para gestionar la publicación del primer tomo del *Teatro crítico* (pág. 30). (Conocimiento que confirman tanto la alusión que hace Feijoo a la dulzura de su conversación al final de su *Respuesta al doctor Martínez* (1726), como sus dos referencias a la estancia en su casa de Madrid, una en TC, V, 7, 29, en la que dice que fue en 1728, y otra en CE, I, 31, 14). Y para completar su perfil humano, pone a la vista los significativos elogios y apreciaciones que en su tiempo y poco después hicieron representantes tan cualificados de la cultura como Feijoo, Campomanes y el P. Isla.

Sirviéndose del marbete de temprana Ilustración propuesto por Pedro Álvarez de Miranda, que García López prefiere al de ‘época de los novatores’ por

³ Jesús María GALECH AMILLANO, *Astrología y medicina para todos los públicos: Las polémicas entre Benito Feijoo, Diego de Torres y Martín Martínez y la popularización de la ciencia en la España de principios del siglo XVIII*, Tesis doctoral, Departament de Filosofia, Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, págs. 226-228.

las resonancias peyorativas (heréticas) del vocablo *novator* y su inadecuación para etiquetar actitudes de diferente adscripción, la segunda parte la dedica a encuadrar la obra en ese tiempo y a recorrer su periplo editorial y su dimensión de polemista.

Y ya en la tercera, se adentra en el análisis del texto poniendo de manifiesto sus características, estructura y despliegue temático, centrando la atención en varios temas que juzga esenciales, aun cuando no sean «una explicación completa de su pensamiento», para lo que harían falta estudios mucho más detallados (pág. 72): 1) su visión de Hipócrates, 2) el concepto de experiencia, su idea de las matemáticas y su posición en la historia del escepticismo moderno, 3) el concepto de verdad y 4) la teología implícita en su obra, formulada así porque la mayoría de las observaciones sobre el tema están en boca de Cartesiano, no de Escéptico, seguramente porque Martínez quiso dejarlas al margen por ser un terreno resbaladizo que sus enemigos podrían aprovechar para insistir en sus críticas de heterodoxia. Se ofrece así una imagen de Martínez como un escéptico moderado; que admira en Hipócrates la investigación científica desligada de apriorismos y que en la lección de Boyle reclama una y otra vez el primado de la experiencia como instancia gnoseológica fundamental; que conceptúa la duda como un principio metodológico que presupone varios niveles de verdad; separa claramente el ámbito de la ciencia del de la teología y, aunque plenamente ortodoxo, considera que la lengua de la Biblia no es aplicable a la reflexión física; percibe la filosofía cartesiana como una construcción apriorística y arbitraria; es contrario a la iatroquímica, y se muestra reacio a la aplicación de las matemáticas a la física por vincularlas con la metafísica.

La obra contó con tres impresiones en el siglo XVIII: la prínceps, aparecida en vida del autor (1730), la de 1750, preparada por su hijo cuidando de reproducir hasta en sus más pequeños detalles la anterior, y la de 1768, también preparada por él, según testimonia Campomanes, y en muy similares términos. Como evidencia la minuciosa explicación del cotejo realizado, fuera de algunos leves cambios, las variantes que arrojan estas dos impresiones son fundamentalmente corrección de erratas y enmiendas parciales de la ortografía. Por ello la edición crítica se basa en la prínceps, si bien sanando las erratas y algunos errores o lapsus, y modernizando la ortografía y puntuación con arreglo a justificados criterios. Y dadas las dificultades que puede ofrecer un texto de ese carácter y escrito en ese tiempo de transición histórica hacia la modernidad, la edición se completa con una profusa y pertinente anotación encaminada, por un lado, a aclarar el significado de las voces propias del vocabulario científico del momento o de ciertos usos latinizantes muy del gusto de Martínez y, por otro, a la aclaración del sentido de diversos textos y a la identificación —y en su caso tra-

ducción— de las citas latinas y del arsenal de autores y obras que comparecen en sus páginas; notas todas con informaciones imprescindibles para entender y calibrar su contenido

Disponemos así de un texto rigurosamente editado —para lo que según declara Jorge García López ha contado con la orientación y sugerencias, entre otros, de dos excelentes conocedores de las ideas del autor, Alvar Martínez Vidal y Jesús María Galech Amillano— que sin duda va a contribuir a conocer mucho mejor la obra y pensamiento maduro de aquel médico reformista y trabajador infatigable que fue Martín Martínez. Aunque él modestamente lo califique como un «primer asalto» al texto, es mucho más que eso; porque además de dibujar una imagen muy reveladora de la personalidad de Martínez —del último Martínez—, es un magnífico escaparate de las teorías que estaban sobre el tapete del debate científico en los años 20, cuando se hace más vivo el reflejo de la Revolución científica y la ciencia empieza a popularizarse (Galech), pero antes de la difusión de las teorías de Newton, al que no se menciona en ningún momento, o cuando todavía la Iglesia solo permite aludir al heliocentrismo copernicano como mera hipótesis, que es lo que transmite el texto (no sin ciertas ambigüedades) y el editor razonablemente interpreta ser «por autocensura personal» (pág. 72). En definitiva, una edición que sin duda solo ha sido posible tras un largo recorrido y una exigente labor. *Quien lo probó lo sabe.*

Anotemos, por último, que a Jorge García López debemos también otra importante y más reciente aportación en esta línea: la edición crítica de los *Avisos del Parnaso* de Juan Bautista Corachán (1661-1741), obra que el catedrático de matemáticas en la Universidad de Valencia redactó, dejándola inconclusa, en 1690 y que completó y publicó Mayans en 1747.⁴ Ojalá que a ellas les sigan pronto otras más de los muchos textos de nuestra primera Ilustración que están lidiando con el olvido.

INMACULADA URZAINQUI

⁴ Juan Bautista CORACHÁN, *Avisos del Parnaso*, edición e introducción de Jorge García López, Girona, Documenta Universitaria, 2023.